

Corrupción: El reto de cambiar una forma de pensar

Alfredo Acle Tomasini©

Recién John Carlin, escritor y periodista del El País, publicó en ese diario un artículo titulado “Sombreros Mexicanos” donde afirma “..que entre la corrupción institucional mexicana y la española, entre los hábitos políticos del país conquistado y los del antiguo conquistador, no hay tanta diferencia como muchos hubieran querido creer”. Frase que para algunos ratifica la creencia sino es que la justificación infantil, de que la corrupción, como si fuera una de esas enfermedades que en sus cuerpos trajeron los españoles a la Nueva España y que diezmaron a la población indígena, llegó también con ellos y sigue, como microbio incombustible, viva y coleando cinco siglos después.

Lo polémico del artículo aunado a que Carlin es Británico, dio lugar en ambos litorales del Atlántico a todo tipo de comentarios; algunos, quizás los más, coincidieron con él, otros lo criticaron por provenir de un extranjero, aunque sea de madre española, y desde luego no faltaron quienes con un dejo de cinismo, lo utilizaron como un argumento demostrativo de que ningún país está libre del problema.

Cuando se habla de un individuo, la corrupción es una cuestión binaria; sé es o no corrupto. Pero si de países se trata entonces podemos observar que aun padeciéndola todos, la virulencia y penetración del problema, varía de manera importante como también las consecuencias negativas que acarrea en la vida de los pueblos, toda vez que representa una merma a su capital social, es decir al conjunto de valores, actitudes y comportamientos que influyen en su desempeño colectivo y quehacer cotidiano.

Si quisiéramos diseñar una escala para diferenciar entre países el problema de la corrupción, podríamos decir que el primer grado sería su simple existencia y donde en efecto no hay nación en la que no esté presente. Pero cuando pensamos en un segundo grado donde la corrupción además de ocurrir permanece impune, la lista de países se empezaría acortar. Más aún, si agregamos un tercer grado que incluye lo dicho en el anterior, pero que añade el hecho de que los recursos obtenidos de manera ilícita se ostenten con cinismo sin que exista ningún rechazo social. Y por último, pensaríamos en un cuarto grado donde la gravedad del problema alcanza su máxima expresión, porque su crónica manifestación logra invertir los valores sociales; la honestidad se asocia con estupidez y lo opuesto con astucia, y porque una vez que esto sucede su reversión se vuelve muy complicada dado que a golpe de ejemplo estos comportamientos cual metástasis se transmiten con suma facilidad de generación a generación y se expanden a lo largo y ancho de la sociedad.

¿Dónde estamos nosotros? Me temo que llevamos largo tiempo padeciendo el problema en su máxima intensidad, lo cual ha creado una especie de efecto paradójico, porque pese a su gravedad una buena parte de la sociedad, aún sin corromperse, lo considera como una característica imborrable de nuestra realidad y la acepta tácitamente, salvo que se sienta agraviada de manera directa, como podría ser una desgracia tipo la Guardería ABC, aunque la presión social no duró lo suficiente para castigar a los verdaderos culpables.

Pero estos casos son raros porque si alguna ventaja tiene la corrupción para quienes la utilizan para engrandecer su patrimonio es que por lo regular se nutre del dinero de todos, pero de nadie

en particular. Nos resignamos a que por atrás nos roben de “a poquito” aunque la suma de muchos “poquitos” se conviertan en fortunas ofensivas por su magnitud e inexplicables por medios lícitos. Aun así, sus dueños y sus sendas proles serán material reluciente para las páginas de sociales sino es que para las de negocios, porque eso sí la vena emprendedora es inagotable y porque el dinero lustra cualquier apellido, mientras que, como si fueran vinos, el paso del tiempo va ennoblecando las fortunas mal habidas.

¿Qué tan grave es el problema de la corrupción en México? Muy grave porque hace inoperable el marco institucional y legal que nos hemos dado para conducir el desarrollo del país y preservar nuestra soberanía. Esto debilita al Estado y nos hace vulnerables. Basta mencionar de manera cínica que el narco no ha comprado nada que no se vendiera antes; lo único que ha hecho es entrar a un mercado y subir los precios. Mientras que WalMart y HSBC explotaron los beneficios del país del “si se puede” y tan fue así, que sus culpas y castigos las tuvieron que reconocer y pagar en otro y no en el nuestro.

No hay transformación más compleja para un individuo como para una nación entera que aquella que se refiere a su comportamiento, porque éste será reflejo de sus valores y estos ni se inculcan, ni modifican instantáneamente. Ésta es la dimensión de nuestro reto cuando hablamos de abatir la corrupción ¿Podremos?

alfredo@acletomasini.com.mx

@AcleTomasini